

MC_TorreNegra_ElConsejodelabuelo

Cuando era chico, mi abuelo me enseñó a jugar al ajedrez. No me hablaba de peones, caballos ni alfiles con el lenguaje técnico. A cada pieza le daba un valor distinto, más simbólico que numérico. Él me decía:

-El peón es el que madruga. El que no se luce, pero empuja todo hacia adelante.

-La torre es quien sostiene. Firme, recta sin rodeos.

El caballo... el caballo es como vos cuando te animas a pensar distinto.

Jugábamos en silencio. A veces se escuchaba apenas el golpeteo del reloj de la cocina, como marcando el ritmo de una casa que él administraba, con más sentido común que planillas.

Con los años cambié el tablero por organigramas. Me fui metiendo en el mundo de la administración de empresas con la misma lógica que me llevó a amar el ajedrez: la planificación, la estrategia, la toma de decisiones con visión a largo plazo. Pero también, con algo que el ajedrez no siempre permite: el trabajo en equipo.

La primera vez que me tocó coordinar un área dentro de una empresa, sentí que estaba en una partida compleja. Nada era obvio. Los problemas no venían anunciados y las oportunidades aparecían disfrazadas de riesgos. Pero ahí no estaba solo: éramos un equipo. Aprendí que una buena estrategia no nace en la cabeza de uno, sino en la conversación entre varios. Que liderar no es mover piezas, sino entender como se mueven mejor juntas.

A veces pienso que si el ajedrez fuera un juego en equipos, habría menos jaques y más acuerdos.

Tal vez por eso me gusta esta comparación: el tablero enseña a pensar, pero la gestión enseña a coordinar el pensamiento.

He visto a colegas comportarse como piezas nobles:

Una líder que fue torre, sosteniendo al equipo en plena reestructuración.

Un compañero que fue alfil, encontrando caminos diagonales en medio de la burocracia.

Un asistente que fue peón valiente, haciendo una observación que terminó cambiando un proyecto entero.

Y también, claro, he visto errores. Jaques dados por apuro. Estrategias que se hundieron por no escuchar. En la administración, como en el ajedrez, la ética no está en el manual: está en las manos que mueven las decisiones.

Con el tiempo entendí algo más.

En el ajedrez, muchos creen que la reina es la pieza más poderosa, y lo es. Pero el rey es el que define la partida. No porque se mueva mucho, sino porque es al que hay que proteger.

El verdadero liderazgo se parece a eso: no brilla por su velocidad, sino por su visión.

Liderar no es avanzar solo, sino sostener el equilibrio cuando todo tiembla. Ser el punto de referencia. El que da sentido al resto del movimiento.

Una tarde, ya grande, volví a jugar con mi abuelo.

Yo con mis roles, mis métricas, mis informes; él con su sabiduría sencilla. Antes de empezar la partida, me dijo:

-¿Sabés qué tienen en común el ajedrez y tu trabajo?

-¿Qué cosa abuelo?

-Que si no pensás en el otro, perdés.

No sé si gané esa partida. Poco importa.

Mi abuelo ya no está. Pero su voz vuelve cada vez que tengo que tomar una decisión difícil.

Cada vez que pienso en avanzar, pero con propósito.

Cada vez que entiendo que la estrategia no es solo para ganar.

Es para merecer la victoria.